

LIBRO TRIGESIMOTERCERO¹

CAPÍTULO PRIMERO

Embajada de los romanos a Prusias en favor de Átalo. Deliberación del Senado acerca de los aqueos relegados en Italia.

Al finalizar el invierno, tras conocer el informe de Publio Léntulo relativo a Prusias, llamó el Senado a Ateneo, hermano de Átalo, y sin perder tiempo en largas discusiones le hizo partir con tres comisarios, C. Claudio Centón, Lucio Hortensio y C. Arunculeyo, con orden de impedir la guerra de Prusias a Átalo.

Llegaron por entonces a Roma Jenón de Egio y Telecles de Egina, embajadores de los aqueos, para solicitar que fuesen devueltos a su patria los griegos delegados por ser partidarios de Perseo en las ciudades de Italia. Reunióse el Senado para tratar del asunto, y a punto estuvo de concederles la libertad. El pretor Aulo Postumio fue causa de que así no ocurriera. Dividida la opinión, unos deseaban darles libertad y otros no; y un tercer partido opinaba en favor de la libertad, pero más adelante Postumio convirtió las tres opiniones en dos, manifestando: «Los que opinen por levantar el destierro pasen a un lado, y los demás a otro». De esta forma se unieron los contrarios a dar la libertad con quienes creían inoportuno concederla entonces, siendo más en número, y los relegados quedaron como estaban.

1. Fragmentos.

CAPÍTULO II

Embajada de los aqueos a Roma.

Cuando al regreso de los diputados se conoció en Acaya que había faltado poco para permitir a los desterrados que volvieran a su patria, concibieron los aqueos grandes esperanzas de que se les otorgaría esta gracia, y por eso enviaron a Roma a Telecles de Megalópolis y a Anaxidamo para hacer nuevas instancias.

CAPÍTULO III

Chipre.

...de ofrecerle cincuenta talentos si iba a Chipre y de prometerle en su nombre otros emolumentos y honores si se ponía a su lado.

CAPÍTULO IV

Arquías.

Este desgraciado traidor proyectó entregar la isla de Chipre a Demetrio. Descubierta la intriga, se le condujo ante los jueces, y para evitar el suplicio se ahorcó con los cordones de un cortinaje. Ejemplo de que los hombres vanos se alimentan siempre de vanas esperanzas. Prometiase éste recibir quinientos talentos por su traición y perdió con la vida cuantos bienes poseía ya.

CAPÍTULO V

Los masaliotas piden auxilio a los romanos.

Los masaliotas ya en otras ocasiones habían sido molestados por los ligurianos, mas en la época a que nos referimos, reducidos a la mayor extremidad y viendo dos de sus ciudades, Antípolis y Nicea, sitiadas, despacharon embajadores a Roma para manifestar al Senado sus sufrimientos y solicitarle ayuda. Estos representantes penetraron en el Senado, dijeron las órdenes que llevaban y se decidió enviar una comisión para enterarse sobre el terreno de lo que sucedía y procurar con negociaciones que cumplieran los bárbaros su deber.

El menor de los Ptolomeos va a Roma y consigue socorros.

Cuando el Senado envió a Opimio contra los oxibianos, llegó a Roma el menor de los Ptolomeos, que ante él quejóse amargamente de su hermano, acusándole de la crueldad de quererle asesinar. Las cicatrices y llagas que mostró, en unión de sus sentidas frases, excitaron tan viva compasión en la asamblea que en vano procuraron Neolaidas y Andrómaco justificar a su señor. No sólo negóse el Senado a oírles, sino que se les ordenó salir inmediatamente de Roma. Designáronse en seguida cinco comisarios, entre ellos Mérula y Lucio Termo, con orden de tomar cada uno una galera y conducir a Ptolomeo a Chipre, y se escribió a los aliados de Grecia y Asia permitiéndoles ayudar a Ptolomeo y recobrar su reino.

CAPÍTULO VII

Diez comisarios son despachados a Asia para reprimir la temeridad de Prusias.

Al regresar de Pérgamo, Hortensio y Arunculeyo dijeron al Senado que Prusias se mofaba de sus órdenes y que, a pesar de los tratados, les encerró en Pérgamo con Átalo, tratándoles todo lo mal posible. Indignados los padres conscriptos por tan extraño proceder, despacharon diez comisarios, siendo los principales Lucio Anicio, Cayo Fannio y Quinto Fabio Máximo, con orden de acabar la guerra y de obligar a Prusias a dar satisfacción a Átalo por los perjuicios que le causó.

CAPÍTULO VIII

Quejas de los masaliotas ante el Senado. – Mandato de éste al cónsul Quinto Opimio. – La breve guerra de los ojibios y los decietas.

A causa de las quejas de los masaliotas contra los ligures, el Senado envió en seguida a Flaminio, Popilio Lenas y L. Popio, que partieron con los embajadores de Masalia, yendo por mar al territorio de los ojibios con el propósito de desembarcar frente a Egitna. Corrió entre los ligures la noticia de que iban los comisarios para mandarles levantar el sitio de esta plaza, y se opusieron al desembarco de los que aún se hallaban en el puerto, mas no llegaron a tiempo para impedir que Flaminio saltara a tierra, teniendo ya en la costa su equipaje. Ordenáronle primero abandonar el país, despreció la orden y le robaron el equipaje, rechazando e insultando a los criados cuando quisieron defenderlo. El mismo Flaminio acudió a auxiliarles y le llenaron de heridas, arrojando a tierra dos de los que le acompañaban y persiguiendo a los demás hasta el barco, con tal empeño

que al llegar Flaminio a bordo hubo que cortar las amarras y dejar las anclas. Se le transportó a Masalia, donde le curaron con todo esmero.

Al conocer el Senado tan triste acontecimiento, mandó salir inmediatamente al cónsul Quinto Opimio con un ejército para que tomase venganza de ojobios y decietas. Las tropas dirigieron a Placencia, y desde allí, a lo largo de los Apeninos, al país de los ojobios, acampando a orillas del Aprón, donde esperó a los enemigos, pues supo que se reunían muy decididos a combatirle. Llevó después el ejército frente a Egitna, donde con tanto descaro se había violado el derecho de gentes en su persona y en la de sus colegas, y tomó la ciudad por asalto, reduciendo a esclavitud a sus habitantes y enviando a Roma a los principales autores del insulto. Efectuado esto, acudió contra los ojobios, que sin esperanzas de desvanecer el enojo de los romanos venían a atacarles en número de unos cuatro mil hombres, con excesiva temeridad y sin esperar que se les unieran los decietas. Era Opimio general hábil y de experiencia, y llamóle la atención aquel atrevimiento; mas al ver que no se fundaba en ningún principio militar, comprendió que tales enemigos no harían larga resistencia. Salió, pues, del campamento, formó su ejército, le estimuló a portarse bien y marchó a paso corto contra los ojobios. Tan fuerte fue el choque que en un momento quedaron vencidos y muchos sobre el campo de batalla, huyendo y dispersándose los demás.

Presentáronse en seguida los decietas en cuerpo de ejército para socorrer a los ojobios, pero ya era tarde; recogiendo, no obstante, a los fugitivos, atacaron con este refuerzo a los romanos, luchando con mucho valor y energía; pero al fin cedieron, rindiéndose a los romanos y entregándoles la capital de su territorio. El vencedor distribuyó a los masaliotas las tierras conquistadas; exigió rehenes a los ligures para que, enviados a Masalia, los renovasen de vez en cuando, desarmó a los enemigos y pasó en sus poblaciones el invierno el ejército. Así comenzó y acabó en breve tiempo la guerra contra ojobios y decietas.

CAPÍTULO IX

Aristócrates, pretor de Rodas.

Por su noble aspecto y aventajada estatura inspiraba este rodio respeto y temor. No precisaron más los de Rodas para darle el mando de sus ejércitos; pero pronto se arrepintieron de no haberle estudiado bien, porque al llegar la ocasión de obrar fue otro hombre, desmintiendo con muchos de sus actos la opinión de él formada.

Enemistad de los romanos con Prusias. – Apréstanse a hacerle la guerra.

Antes de finalizar el invierno hallóse Átalo en Asia al frente de gran número de tropas, porque Ariarates y Mitridates, en virtud de la alianza que habían llevado a cabo con el rey de Pérgamo, le enviaron caballería e infantería, al mando de Demetrio, hijo de Ariarates. Dispuesto ya todo para la campaña, se supo que los comisarios romanos habían llegado a Cade. Reunióseles Átalo, y tras algunas conferencias sobre los asuntos pendientes, partieron para Bitinia, donde dijeron a Prusias las órdenes que para él les dio el Senado. Aceptó este príncipe algunas, pero negóse a cumplir la mayoría. Admirados los comisarios de esta resistencia, renunciaron a su amistad y alianza, regresando inmediatamente a Pérgamo. Arrepintióse Prusias de su falta y les siguió durante algún tiempo, procurando atraerles; mas fueron inútiles sus esfuerzos y volvió a su campo sin saber qué hacer. Los comisarios aconsejaron entonces a Átalo que permaneciera con su ejército en la frontera del reino, sin empezar las hostilidades y resguardando de todo insulto las ciudades y aldeas de su reino. Partieron en seguida, unos para Roma con objeto de informar al Senado de la rebelión de Prusias, otros para Jonia, y algunos en dirección al Helesponto y a las ciudades vecinas a Bizancio, laborando en todos estos lugares para apartar a los pueblos de la alianza con Prusias y reunir fuerzas en favor de Átalo, que era lo que se habían propuesto.

CAPÍTULO XI

Paz entre Prusias y Átalo.

Con la ayuda de tantos aliados reunió pronto Átalo numerosa flota. Diole Rodas cinco galeras que habían sido enviadas para la guerra de Creta, Cícico veinte, y él mismo equipó veintisiete, de suerte que, unidas todas a las que recibió de otros aliados, formó una flota de ochenta galeras, cuyo mando dio a su hermano Ate-neo. Dirigióse éste hacia el Helesponto haciendo continuos desembarcos en la costa de Bitinia y saqueando la región. Por fortuna para Prusias, al escuchar el Senado el informe de los comisarios, designó inmediatamente otros tres, Apio Claudio, Lucio Opio y Aulo Postumio, que al llegar a Asia pusieron término a la guerra, obligando a ambos reyes a suscribir este tratado: Prusias entregaría inmediatamente a Átalo veinte galeras de guerra, y le pagaría quinientos talentos en veinte años; los beligerantes mantendrían los límites de sus respectivos Estados como antes de la guerra: en reparación de los daños que Prusias había causado en las tierras de Metimna, Egea y Heraclea, restituiría a estas ciudades cien talentos. Aceptadas las condiciones, concentró Átalo las tropas de mar y tierra en su reino, y así acabó la guerra promovida por las cuestiones de Átalo y Prusias.

CAPÍTULO XII

Embajada de los aqueos en favor de sus desterrados.

Por aquel tiempo llegó a Roma nueva embajada de los aqueos en favor de sus compatriotas desterrados en Italia. Solicitaron los diputados gracia al Senado para estos infelices, mas los padres conscriptos decidieron estar a lo acordado.

CAPÍTULO XIII¹

Demetrio, rey de Siria.

«Refiere Polibio en su libro XXXIII que Demetrio, rey de Siria, era gran bebedor y se hallaba ebrio casi todo el día.»

CAPÍTULO XIV

Heraclides, con los hijos de Antíoco, llega a Roma. – Embajada de los rodios en relación con la guerra contra los cretenses.

En el transcurso del verano llegó a Roma Heraclides, llevando consigo a los hijos de Antíoco, Laódice y Alejandro, y mientras permaneció en la ciudad no hubo artificio de que no se valiera para lograr del Senado lo que deseaba.

Al mismo tiempo se presentó en Roma el rodio Astimedes, embajador y almirante de su República, y habló en el Senado de la guerra entre rodios y cretenses. Tras escucharle con suma atención, los padres conscriptos encargaron a Quinto que fuera a poner término a esta guerra.

CAPÍTULO XV

Cretenses y rodios despachan representantes a los aqueos. – Alabanza de Antífates de Creta.

Reunido el Consejo de los aqueos en Corinto, llegaron allí dos embajadas: una de parte de los cretenses, cuyo jefe era el gortiniano Antífates, hijo de Telemnesto, y de otra parte de los rodios, al frente de la cual iba Téufanes. Cada una de

1. Cita de Polibio, consignada por Ateneo.

estas embajadas solicitó ayuda para su patria; mas la mayoría de la Asamblea era favorable a los rodios por la celebridad de esta República, su forma de gobierno y el carácter de sus ciudadanos. Advertido Antífates, quiso entrar en la Asamblea, y entró efectivamente, con permiso del pretor, hablando con un aplomo y dignidad impropios de un cretense. No tenía este joven ninguno de los defectos de sus compatriotas, y la libertad con que defendió la causa de su patria agradó a los aqueos; pero lo que más le ayudó a ganar voluntades fue el recuerdo de que, durante la guerra con Nabis, su padre Telemnesto fue en socorro de los aqueos con quinientos cretenses. A pesar de ello, se iba a conceder a los rodios las fuerzas que pedían, cuando Calícrates manifestó que sin permiso de Roma no convenía declarar la guerra a nadie, ni socorrer a unos contra otros; y esto fue suficiente para que no se tomara resolución.

CAPÍTULO XVI

Van a Roma Átalo, hijo de Éumenes, y Demetrio, hijo de Demetrio Soter. – Heraclides logra del Senado que los hijos de Antioco regresen a Siria.

Entre los embajadores llegados a Roma de distintos lugares, el primero recibido en audiencia fue Átalo, hijo de Éumenes, que, muy joven aún, hizo este viaje para darse a conocer al Senado y solicitar la amistad y el derecho de hospitalidad que siempre tuvo su padre en Roma. Recibió del Senado y de los amigos del rey su padre cuantas pruebas de amistad podía esperar. Concediósele lo que deseaba; le hicieron cuantos honores permitía su edad, y a los pocos días regresó a sus Estados, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría en todas las ciudades griegas por donde pasó.

Al mismo tiempo llegó Demetrio a Roma, y como era niño, las ceremonias de su recepción fueron medianas. Cuando se fue, Heraclides, que desde hacía tiempo se hallaba en la ciudad, condujo consigo al Senado a Laódice y Alejandro. Recordó en pocas palabras el joven príncipe a los padres conscriptos lo que habían querido a Antioco y la alianza que con él tuvieron, y rogó que le pusieran en el trono de su padre, o por lo menos que se le concediera libertad para volver a Siria, y no impedirle, ya que no se le ayudara, recobrar la corona de sus mayores. Usó en seguida de la palabra Heraclides, alabando mucho a Antioco, censurando a Demetrio y solicitando que se le concediera al príncipe y a su hermana Laódice la libertad de regresar a su patria, cosa justísima, puesto que eran hijos naturales de Antioco. A los senadores sensatos chocó este discurso, pareciéndoles verdadera comedia y cobrando aversión al autor de la intriga; pero la mayoría, fascinada por el artificioso Heraclides, aprobó un decreto en estos términos: «Alejandro y Laódice, hijos de Antioco, que fue nuestro amigo y aliado, piden al Senado que se les permita volver a su patria e implorar la ayuda de sus amigos para recobrar el trono de su padre, y el Senado les permita ambas cosas». Conseguido el permiso, reclutó inmediatamente Heraclides tropas mercenarias y atrajo a su partido a cuantos ilustres personajes pudo. De Roma se dirigió a Éfeso, y allí hizo los preparativos para la guerra proyectada.

Miscelánea de hechos y reflexiones.

Muchos hombres, por avaricia o ambición, se precipitan desde la mayor fortuna, como ocurrió al rey de Capadocia Orofernes, que acabó por perder el trono. Pero abreviando en lo relativo al restablecimiento de Ariarates, proseguiremos la historia en el orden adoptado para toda la obra. Hasta ahora, prescindiendo de los asuntos de Grecia, hemos hablado de los de Capadocia, en Asia, porque razonablemente no se podían separar el viaje de Ariarates a Italia y su vuelta al trono; pero hecho esto, nos toca reseñar los negocios griegos en la época en que ocurrió el extraño suceso relativo a la ciudad de Oropos. Deteniéndonos en unos puntos y prescindiendo de otros, compendiamos la aventura por temor de que la oscuridad que envuelve algunos de estos hechos haga nuestra narración difusa y tenebrosa; que si el todo parece al lector poco digno de atención, menos satisfará una parte del todo a los que no tienen curiosidad de instruirse.

.....

Casi siempre en la fortuna se encuentran partidarios, mas en los reveses hay que acudir a los amigos. Esto ocurrió a Orofernes al verse arruinado, y ésta es la historia de Teótimo y muchos otros.

.....

Disgustados los rodios por estos acontecimientos, arrojáronse en el torbellino, llegando a la situación de los desalentados por larga dolencia, que después de tomar toda clase de medicinas y consultar a todos los médicos, cansados por la tardanza en recobrar la salud y casi desesperados, fíanse de oráculos y adivinos, y hasta acuden a charlatanes y curanderos. Esto hicieron los rodios. Burladas sus esperanzas, creyeron en palabras y dieron cuerpo a sombras e ilusiones, de suerte que su desdicha pareció merecida; porque no obrando con arreglo a cálculo prudente y dejándose arrastrar a la aventura justo es llegar a sucesos imprevistos. En esta situación, los rodios tomaron por jefe a quien antes desechaban y cometieron otras mil inconsecuencias.

.....

Cuando se siente inclinación a amar u odiar grandemente a una persona, el más insignificante pretexto convierte la inclinación en hecho.

Me detengo por no divagar sin advertirlo, y procurando la exactitud y la precisión incurrir en lo contrario. Me detengo, repito, porque no deseo escribir ni que se lean los ensueños de un hombre despierto.